

Rosa Amelia Pérez S.

ANDRES AVELINO

**ESENCIA Y EXISTENCIA
DEL SER Y DE LA NADA**

EDITORIA MONTALVO

Ciudad Trujillo, R. D.

1942



**ESENCIA Y EXISTENCIA
DEL SER Y DE LA NADA**

ANDRES AVELINO

**Profesor de Introducción a la Filosofía en la Universidad
de Santo Domingo**

Amelia

**ESENCIA Y EXISTENCIA
DEL SER Y DE LA NADA**

Metafísica de la nada

EDITORA MONTALVO

Ciudad Trujillo, R. D.

1 9 4 2

46945

BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
DONATIVO

Donado por: chiquero / pedrito R

Fecha: junio 2014

PROEMIO

Al tratar de introducir en la metafísica a los estudiantes de Filosofía del actual curso 1942 comencé a discurrir del modo que se muestra en las siguientes páginas.

A poco de meditar ex cátedra tema tan pleno de vivencias de mi propia entraña, advertí los delineamientos formales, la nueva perspectiva que tomaba en mi vivir teórico el viejo y central problema de la Filosofía. Seguí insensiblemente las vivencias que a la mirada atónita ofrecía el nuevo panorama en que se hacía patente a mi evidencia actual, el ser.

Lamento encontrarme por tercera vez en contraposición a la forma del existencialismo heideggeriano en mi discurrir teórico; lo siento por varios motivos esenciales y especialmente porque sé que con ello desagrado a un sector bastante amplio del

sentir filosófico actual entre el cual se encuentran filósofos amigos entrañables, de mi admiración y estima.

No repito aquí la conocida frase de Aristóteles sólo por evitar un acto cursi, sino porque no doy a la verdad el acento desorbitado que le ha concedido la filosofía científicista en general hasta ahora.

No niego que la filosofía tenga por objeto la verdad; y aunque tal asunto no es problema tratado aquí, me interesa señalar que la verdad filosófica no es la verdad de las ciencias particulares. No existe, es cierto, más que una verdad. Pero la verdad se puede encarar con diversos sentidos. Para el filósofo científicista y para el científico particular la filosofía es un medio para obtener verdad. Para el filósofo la filosofía también es esto, pero además, y en grado muy alto, es placer, (1) supremo arte dialéctico—vivencia, emoción e intuición—por medio de las cuales el espíritu se objetiva, plasma en la forma lógica una evidencia. La filosofía es un medio pero también es un fin. El científico espera y exige comprobación de la verdad. Aunque sabemos que no la obtiene en sentido teórico nunca al menos se forja la ilusión de tenerla y para sus

(1) No me inquieta la posición existencialista que pueda advertirse aquí, pues me he opuesto al existencialismo sólo en su pretensión fundamental de unívoca metafísica de la anti-esencia, pero no al existencialismo vivencial que en cierto grado no puede dejar de existir en la actividad de todo genuino filósofo.

fines limitados y utilitaristas es como si la obtuviese.

El filósofo, en cambio, tiene que abandonarse primero al torbellino vivencial y emocional de la vivencia teórica; queda para él, en cuanto él, como filósofo, en la genuina e intrínseca actitud de filósofo (como instrumento teórico que es), en segundo término, la verdad, aunque la verdad éntre también como fundamento de su vivir.

La historia de la filosofía nos muestra una abigarrada mezcla de genuinos filósofos y filósofos cientificistas, desde el ejemplo maravilloso de placer teórico, de arte filosófico de Platón hasta la obsesión cientificista de Kant o de Husserl.

El verdadero filósofo es un instrumento, un arpa del vivir teórico; el filósofo cientificista es un interesado explotador de la filosofía, un mercantilista de la verdad. No hace filosofía si en la filosofía que vive no ha de haber verdad. El filósofo de pura entraña teórica vive su placer eidético, vive su mundo vivencial y reflexivo, como un deporte espiritual superior, como un ejercicio de suprema jerarquía espiritual, no importándole la verdad que pueda haber en el fondo de sus propias vivencias y evidencias. El genuino filósofo se limita a decir, como pareció de hecho expresar al mundo el divino Platón con sus admirables diálogos aparentemente inconclusos, pero plenos de emoción teórica y arte dialéctica genial, que es lo único que afirmo con toda conciencia ahora: he ahí lo que he vivido, sen-

tido, intuido y expresado. Lo demás queda de vuestra parte.

Toda filosofía tiene irremediabilmente dos avatares: uno interno que entraña a la entraña del filósofo y el otro que es ajeno, trascendente al instrumento teorético, y en el que a la filosofía, fruta de pura cepa subjetiva, se le exige una absoluta objetividad.

Aunque toda filosofía debe aspirar a alguna objetividad, pues filosofar es tornar lo subjetivo en objetivo, lo inmanente en trascendente, la pretensión de esa objetividad, de esa verdad tiene en distintos filósofos diversos grados; desde el filósofo platónico que vive la filosofía como un mero placer teorético, como una suprema embriaguez del espíritu, hasta el filósofo científicista obsesionado de la verdad como Husserl, que madura un trabajo escrito largos años antes de publicarlo.

Más aun que Platón, Sócrates vivía, sin pretensión de verdad, a torrentes, una filosofía que otros habrían de utilizar y explotar más tarde. Puede que en esos filósofos científicistas se reduzca a un mínimo la contradicción lógica, pero no por eso su inaudito esfuerzo por la verdad ha dejado de caer en vano en muchos asuntos ya evidentes para la filosofía actual bien orientada. La verdad no depende de la reflexión crítica mayor o menor que hagamos de nuestro propio filosofar anterior, sino del acierto de nuestras intuiciones y de la más o menos feliz expresión de ellas.

Muestra esto que la adquisición de la verdad no depende sólo de que nos preocupemos de ella con exclusión de lo demás, sino que la verdad se deriva en parte, grande por cierto, de la sinceridad con que vivimos nuestras propias vivencias y de la acertada mirada de nuestras intuiciones.

Aquí tenéis, pues, un conjunto de formas lógicas que tratan de mostraros las vivencias, emociones e intuiciones que me las han provocado. La verdad que haya en ello, no atañe a mí, que sólo soy un mero instrumento teórico, sino a los demás.

Sólo puedo afirmaros que el filosofar que prosigue es mío, la filosofía que acaso pueda producir es vuestra. Podéis gozarla, sufrirla, rechazarla, repudiarla y hasta despreciarla. Todo ello quedará fuera de mi órbita. La verdad de mi filosofar—adviértase que sólo me refiero a la de mi filosofar—no atañe a mí, corre, pues, por vuestra cuenta.

Ciudad Trujillo, 22 de Octubre de 1942

LA DEFINICION DEL SER

En toda pregunta está siempre contenido el sentido de una respuesta. Las preguntas fundamentales de la metafísica tradicional ¿Quién es el ser? y ¿Qué es el ser? comprenden categorialmente el sentido de las respuestas respectivas. La pregunta ¿Qué es el ser? es una pregunta lógica, porque inquiera lo que es el ser, exige una indagación y una definición del ser. La pregunta ¿Quien es el ser? exige un señalamiento del ser. Pero, ¿basta a la teleología esencial de toda metafísica un mero señalamiento del ser? Una metafísica de esta índole sería una metafísica de mero espionaje. Su esfuerzo y su finalidad se reducen a exclamar simplemente: He aquí el ser. ¿Y para qué se señala el ser? El ser se señala sólo para vivirlo, pues el ser no puede ser conocido. El ser no puede ser conocido, porque no puede ser definido. El metafísico existencialista arguye que el ser no puede ser definido porque no hay una signi-

ficación de género mayor que la de ser. En esto hay un error de fondo; para definir y explicar el ser no hay que ascender hacia significaciones más genéricas que la propia categorial significativa de "ser", sino al contrario, definir o explicar el ser, es desenvolver en un pensamiento la categorial de máximo grado del concepto-sujeto ser en la categorial de menor grado del concepto-predicado comprendido categorialmente en el concepto-sujeto, en la categorial ser, de mayor comprensión categorial que el concepto-predicado. El ser sí puede definirse, y lo defino: Ser es toda forma de realidad. Esta definición puede no satisfacer a otro metafísico, puede no tener validez para muchos otros hombres, pero como definición en cuanto definición, es una definición del ser. Lo que quedaría por mostrar es si el pensamiento (1) de esta definición es verdadero o falso, pero la definición que he dado del ser, en cuanto tal, es una definición lógicamente válida.

(1) Nótese que digo pensamiento, no juicio. El purismo lógico moderno no ha irradiado completamente del seno de la Lógica muchos elementos extralógicos que aún quedan en ella. El juicio es uno de ellos. El juicio es un objeto psicológico de esencia subjetiva. Sólo el pensamiento es meramente lógico. El juicio es una actitud de un sujeto, expresada por un pensamiento.

El pensamiento es la relación de comprensión categorial de dos significaciones o conceptos. Todo juicio se expresa por un pensamiento, pero la esencia del pensamiento no expresa una toma de posición, una actitud, sino expresa una relación de comprensión categorial.

Puede ser que necesitemos seguir definiendo el ser, porque la aludida definición, de cierto modo no nos baste, ni aún a mí que la he intuído.

Nos vemos, pues, compelidos a intuir una nueva definición que exprese una nueva categorial del ser. En este caso nos veríamos forzados, por ejemplo, a preguntarnos de nuevo: ¿Qué es realidad? Así seguiríamos de pregunta en pregunta en una búsqueda interminable del ser. Esta comprensión categorial o significativa de las formas no es una comprensión material del ser por el ser, una inmanencia del ser, sino una mera comprensión categorial significativa de las formas del ser. Esta comprensión categorial de las formas lógicas puede corresponderse y debe corresponderse con la comprensión óptica de los contenidos del ser, pues de otro modo la metafísica, la filosofía y toda ciencia no tendrían sentido.

¿INMANENCIA O TRASCENDENCIA DEL SER? (1)

Decir que algo existe, ni quiere expresar que es lo único que existe, ni que todo otro ser será ser en ese ser que existe. Esto sólo expresa que lo que existe ha de existir fuera de lo que existe, que el

(1) Véase *Was ist Metaphisik*, de Heidegger; hay traducción española.

existir es mera trascendencia. Cuando creemos que algo existe y vemos que se desvanece, esta cosa que se desvanece no la descomponemos en otra, sino que sencillamente encontramos que un algo que creímos que existía, que estaba ahí, en realidad no está, sino que en su lugar, esta ahí, existe otro algo. Pero esto no quiere decir tampoco que el algo que creímos que existía, sigue existiendo, estando "ahí", como con una existencia de segundo grado, en el algo que encontramos, que en verdad existe, que está ahí. Un ser no puede estar nunca en otro ser. A pesar de la metafísica jónica y de todas las otras metafísicas que hasta ahora han existido, no hay seres que sean como otros seres, ni existan en otros seres. No hay más que un modo de creer que un ser exista o sea como otro ser, no existiendo o no siendo como otro ser. Ese modo se reduce a intuir una categorial falsa y considerarla como verdadera. A esto se llega por dos caminos: 1º Cuando intuimos contenidos de lo real sensible, y lo sensible que nos impide ver con plena claridad el ser, la categorial que significa al ser, que le da sentido, es falsa; y 2º Cuando el contenido, el ser, no es real sensible, y la intuición no es perturbada por lo sensible, pero puede serlo por ideas anteriores falsas, tradiciones, etc.; y la categorial intuida es también falsa.

Desde los filósofos físicos jónicos hasta hoy, la metafísica sustenta un error fundamental. Ha aceptado, sin discutirla todavía, una categorial falsa como verdadera. Aquellos ingenuos filósofos del fi-

lososofar físico, influidos por lo sensible se plantearon el primer problema metafísico de un modo falso: Se preguntaron: ¿Cuál es el único ser en sí? ¿Cuál es el ser del cual se derivan todos los demás seres, del cual están todos los demás constituidos? Pero antes de responder a esta pregunta es necesario saber si esta pregunta tiene sentido. ¿Tiene, pues, sentido preguntar por el ser en sí en el sentido del ser que no es ser en lo otro, sino ser en sí mismo? Carece de sentido tal pregunta. Ser en sí no conlleva la idea de que todo lo demás que no sea ese ser será ser en ese ser en sí. Cómo puede un ser estar en otro ser es algo que no puede decirse. Un ser no puede ni ser otro ser ni estar en otro ser, ni derivarse de otro ser, ni ser la esencia de otro ser. El ser en sí no es un ser que contiene otro ser. El ser en sí es meramente: el ser que existe, y el ser que existe es simplemente el ser que "está ahí", el *Das Dasein* del filósofo alemán.

EL "ESTAR AHI" ES DIVERSO EN CADA SER

Pero el ser en sí, no es sólo el agua que está ahí, el aire, la mesa, el yo, el mundo que está ahí, el existir que está ahí, sino también el pensamiento que está ahí, el valor que está ahí. Ese estar ahí

genuino del ser no es el estar ahí del ser del realismo materialista, sino el estar ahí de todo ser, de toda forma del ser. Los pensamientos y los valores no están menos ahí que el árbol, la mesa, el yo, o el mundo. El estar ahí del ser no puede ser un estar ahí espacio temporal. El estar ahí espacio temporal sería un estar ahí unilateral del ser. El estar ahí espacio temporal es el estar ahí específico del ser real sensible. Y este estar ahí no puede ser el estar ahí de otro tipo de ser. El estar ahí, el existir, es la forma genérica de manifestarse el ser. Cada ser tiene una forma típica de estar ahí, de aparecer en la realidad, de existir, de manifestarse. El estar ahí ideal de las relaciones es la forma típica de existir, de manifestarse las relaciones; el estar ahí valente es el existir del ser valioso: de la justicia, del amor, de lo bueno, de lo bello, de lo santo, de lo verdadero, de los pensamientos.

¿ES LA METAFISICA ENCUENTRO O BUSQUEDA DEL SER?

Si cada ser tiene un modo de estar ahí diferente, si cada ser hiende la realidad con un existir distinto y propio, un ser no puede estar en otro ser, una existencia no puede encubrir otra existencia. No se oponga a esto que una substancia puede con-

tener muchas cualidades. Las cualidades de una substancia no son seres, no son formas de una realidad, sino supuestos contenidos.

Toda metafísica es una búsqueda del ser. El filósofo es un hombre a quien se le ha perdido o se le ha extraviado el ser. El filósofo es un hombre que se angustia en una interminable nostalgia del ser. Los primeros filósofos que sintieron la vivencia de la pérdida o del extravío del ser, los filósofos jónicos, sintieron sólo el extravío del ser en primer grado. Buscaban el ser, pero pretendían saber donde podía estar el ser. El ser estaba para ellos por el lado de lo material, por la región de lo real sensible; cada uno de aquellos ingenuos filósofos encontró el ser, y cada uno dejó por ello de ser metafísico, filósofo. La filosofía es una nostalgia del ser. Ellos, ni ningún otro filósofo después de ellos definieron el ser. No era necesario definir el ser, porque la metafísica no era para ellos un mero buscar el ser, o un buscar el ser con un encuentro inesperado del ser. El hombre ordinario, el hombre afilosófico, es el hombre que ha encontrado el ser, es el ser poseso del ser; el ser que vive inconscientemente el ser poseso. El filósofo realista, ametafísico, es un hombre que se pregunta, ¿Quién es el ser que existe? Encuentra el ser por medio de una intuición, y lo señala, dice sencillamente, he ahí el ser, ahí está el ser. El existir, la existencia, se reduce meramente a un vivir inconsciente o a un vivir consciente el ser. A un señalar el ser. La existencia del ser es

un "mero estar ahí" o aquí el ser. El existir, la existencia, es el encuentro absoluto del ser, la posesión absoluta del ser. Esto es, el existir (inconsciente en el hombre ordinario, consciente en el filósofo), surge como el unívoco encuentro del ser.

FILOSOFOS QUE POSEEN EL SER Y FILOSOFOS QUE BUSCAN EL SER

Toda la metafísica desde Thales hasta Descartes es un encuentro del ser con la correspondiente descripción o narración de ese encuentro del ser. Para Heráclito el ser es lo que fluye, lo que cambia; para Pitágoras el ser no es algo real sensible, sino el número. Parménides encuentra también el ser: El ser es lo inmutable, la permanencia. Platón encuentra el ser: es la idea, el bien supremo, en suma: Dios. Plotino encuentra el ser desbordándose, en un desbordamiento de Dios. San Agustín y toda la Edad Media encuentran el ser en sí, en Dios. Dios es el ser de quien se deriva todo otro ser. Por eso ninguna religión puede ser una metafísica ni ninguna metafísica puede ser una religión. Espinosa encuentra el ser en sí en la identificación de Dios y la naturaleza. El primer hombre que se da cuenta de que no puede, por lo menos momentáneamente, encontrar el ser en sí, el primero que halla difícil-

tades para encontrar el ser es Descartes. Descartes tiene duda de encontrar el ser, pero lo encuentra. Duda que el ser esté ahí donde lo habían encontrado sus predecesores, pero tiene fe en encontrarlo más allá; exclama: el ser no está ahí, pero está por aquí. Señala un camino para encontrar el ser, y al fin lo encuentra en Dios y el yo. Cambia el rumbo, el camino de encontrar el ser y lo encuentra, deja como todos los anteriores de ser genuinamente metafísico. Los filósofos realistas precartesianos no tenían ningún camino para encontrar el ser. Se encontraban con el ser de improviso. Su filosofía, su metafísica, consistía en encontrar el ser y en narrar el hallazgo del ser. Eran filósofos sin rumbo, sin camino. A partir de Descartes, la filosofía, la metafísica, posee un camino para buscar el ser en sí. La metafísica presocrática se reducía a negar un ser en sí y a sustituirlo por otro ser en sí encontrado. A partir de Descartes el filósofo tiene más conciencia de que la metafísica consiste más en buscar el ser que en encontrarlo. Cada filósofo señala un nuevo camino para la interminable búsqueda del ser.

El realismo es encuentro del ser, presencia y posesión del ser. El idealismo es ausencia y búsqueda del ser en sí, para encontrarlo o para tener la conciencia de no encontrarlo. Kant vuelve a insistir en que el ser en sí, "la cosa en sí", no está en la presencia de lo real sensible sino en la ausencia, en el estar en lo otro, no en el estar ahí, ni

aquí, sino en el estar en lo más allá, en el estar en lo que está ahí. Pero la metafísica kantiana adolece también, como todas las anteriores, del error de creer que el ser puede estar en otro ser.

Ser en sí y cosa en sí, son ser que "está en". Pero a pesar de su idealismo Kant también encuentra el ser. Es cierto que lo encuentra después de haberlo negado y haberlo buscado; lo encuentra en la experiencia moral. Schopenhauer encuentra el ser en la voluntad, Hartmann lo encuentra en lo inconsciente; la escuela de Marburgo en el pensamiento, porque la existencia del ser depende del pensamiento. La escuela de Baden encuentra el ser en lo cultural, en el valor; los materialistas del siglo XVIII y XIX son una excepción, no buscan el ser, lo encuentran en la materia. Los positivistas niegan rotundamente la existencia del ser en sí; el ser en sí no puede conocerse y por tanto no debe buscarse; es inútil buscar el ser en sí, pero los materialistas y positivistas encuentran inconscientemente el ser: poseen el ser. Han encontrado el ser en lo material y en lo sensible. Hay hasta aquí dos tipos de filósofos ametafísicos, los que niegan el ser en sí por haberlo encontrado y los que se niegan a buscar el ser (se niegan a ser filósofos), porque han encontrado el ser y descienden a la condición de meros científicos especialistas. Un científico especialista es un hombre que ha encontrado, posee y maneja el ser. Pasar del científico al filósofo es pasar del poseso, del poseído al desposeído, al busca-

dor infatigable, al que no posee nada, al que no ha encontrado el ser. Por eso el materialismo y el realismo, el positivismo y el existencialismo, son las metafísicas menos filosóficas que han existido, porque son metafísicas que han encontrado el ser y poseen el ser. Por ello toda metafísica está teñida de inutilidad.

Bergson es otro filósofo heraclitiano, que ha encontrado el ser en lo que fluye, en el cambio, en la "durée", en lo biológico; como los filósofos realistas precartesianos niegan un ser encontrado para sustituirlo por otro ser encontrado. Husserl señala el camino pero señala también el ser encontrado; el camino para encontrarlo es la descripción de las esencias, la "Wessenchau"; y el ser es la esencia. Como positivista es también un negador del encuentro del ser en sí, pero de hecho encuentra el ser en sí en la "Wessenschau". El más realista de todos los filósofos realistas que han existido, es Heidegger, es el menos buscador de todos los buscadores del ser. Heidegger no busca el ser. Heidegger encuentra el ser, posee el ser. Pero Heidegger no posee un mero ser, un determinado ser en sí, sino que el medroso antimetafísico de Friburgo posee el ser integral. El ser para Heidegger no es simplemente lo que está ahí, y aquí, sino todo lo que está ahí y todo lo que está en el ahí. Para él el ser es presencia y sólo presencia. Para Heidegger ausente no está nada; ni siquiera la nada está ausente.

Rosa Amelia

LA NADA EN PRESENCIA

La nada irrumpe en medio del ser, del estar ahí, de la presencia, del ente en total, para estar presente en la angustia. Con Heidegger muere toda nostalgia del ser en la filosofía. La angustia es la presencia de la nada en el ser. Para Heidegger el ser está ahí en presencia brutal, total y banal, en la vida, en la existencia; y el ente en sí, todo el otro ente que no es el estar ahí a flor de piel, la mera presencia del mundo, está también en el estar ahí, en el existir; y como si esto no fuera suficiente realismo para rebasar todo otro realismo y vivencialismo anterior, Heidegger integra, más que integra, sobreintegra el ente en total que encuentra y posee, con la presencia del no ser, la llegada de la nada; del no ente en la angustia.

Más científico que todo científico, nota que cada ciencia ha encontrado y posee un ente pero que la ciencia le ha dado la espalda a un ente, a la nada; encuentra al hombre en el ente en total, en el estar ahí el mundo; y aun esto no le basta como realismo y vivencialismo integral; el hombre y la nada irrumpen en medio del ente en total, en el estar ahí del ente, en la presencia absoluta del ente. Heidegger no es un filósofo que busca el ser. Heidegger no ha encontrado sólo al ser, sino ha encontrado al

ser y al contrapolo del ser, al no ser, a la nada.

Todo ser para Heidegger es inmanente en la presencia del ente en total, el hombre, el espíritu, están englobados en el estar ahí de la presencia del ente en total. Sólo la nada es trascendencia del existir cuando el no ente se hace patente en la presencia por medio de la angustia, del anonadamiento de la nada. Heidegger no busca el ente porque se encuentra en medio del ente en total, poseso como el hombre vivencial ordinario del ente en total. Tampoco busca Heidegger la nada, La Nada se le aparece de improvisto, se le hace patente en la angustia, de un modo existencial y vivencial, en el aburrimiento profundo. El hombre en total es un ente en otro ente, es un ser "en"; es un ente inmanente con su espíritu en la vivencia del ente en total. La alegría y la tristeza o el aburrimiento son para él las dos patencias del ser y la nada. El hombre está en medio del ente en total suspendido por el hilo de la angustia entre el ser y la nada. Aquí apunta ya claramente el secreto del vivencialismo y del psicologismo de la metafísica heideggeriana.

LA NADA COMO ENTE

Heidegger no quiere tampoco de ex profeso buscar la nada, la nada ha de aparecer por sí misma en el irrumpir de la angustia en medio del ente en

total. Heidegger encuentra impropio preguntar por la nada, porque la nada no es ente, no es objeto. Rehuye como realista y vivencialista absoluto la pregunta y la búsqueda de la nada. Sin embargo la nada surge para él, irrumpe como el ente mismo de un modo vivencial en la angustia. El hombre se encuentra a sí mismo en medio del ente en total, en el irrumpir vivencial de la angustia. El hombre y la nada convergen en la angustia. El hombre está en medio del ente, perdido en el ente (para Heidegger el perdido no es el ente, sino el hombre). Sólo la nada irrumpe en la angustia para hacer al hombre presente en el ente en total. Pero el hombre no puede según Heidegger preguntar por la nada porque no puede responder nada de la nada, porque sólo puede vivir la nada, pues para él todo ente, incluso la nada, es ente vivencial, existencial, ente encontrado, ente poseído, ente en presencia real-sensible. Para Heidegger no hay ningún ente en ausencia; todo ente está ahí, está en presencia, y la nada que es el ser en ausencia absoluta debía estar también presente en la presencia para completar la presencia absoluta.

PUEDE PREGUNTARSE POR LA NADA

La nada es el ente en absoluta ausencia, pero que se hace presente para Heidegger en medio del

ente en total por medio de la angustia. Se puede, pues, preguntar por la nada y se puede también buscar la nada como se busca el ente, como se busca el ser. La pregunta, ¿Qué es la nada? no equivale, no es lo mismo que la pregunta: ¿Qué es nada? Heidegger confundió la nada con nada. Intentó preguntar por la nada, y creyó que "nada" se le convertiría en "algo", en ente. La nada es algo, la nada es el ente en ausencia que penetra en el ente en presencia e influye en el ente en presencia, acosa el ente en presencia y a la vez completa el ente en presencia.

Heidegger es un completador del ente en total en presencia. El pensamiento es siempre pensamiento de algo; según Heidegger no se puede pensar la nada porque al pensar la nada se actuaría contra su propia esencia: su esencia del "no algo". Pero la esencia de la nada no es no ser algo, la esencia de la nada es ser contrapolo del ente.

PUEDE VIVIRSE Y PENSARSE LA NADA

¿Es que pretendía Heidegger sólo vivir la nada, tener sólo vivencia de la nada en la angustia? ¿Pero el vivir no es acaso también por esencia tener una vivencia de algo? Al vivir la nada la convertimos

en ser lo mismo que al pensarla. Todo lo que se vive puede ser pensado. Si vivimos la nada podemos pensar la nada. No vió con claridad Heidegger que pensar acerca de nada no es lo mismo que pensar acerca de la nada. Nada no es la nada. La nada es algo. Podemos pensar acerca de la nada y tener vivencias de la nada, lo que no podemos es pensar acerca de nada como algo, ni tener vivencia de nada, como algo. El único predicado, la única referencia que la ciencia y la filosofía habían hecho de hecho, de la nada, con la excepción del predicado bíblico, es: la nada es lo que no es. Para la ciencia, del no ser no puede predicarse nada. Para la metafísica puede predicarse todo incluso la nada. La ciencia y la filosofía no habían tenido concientemente hasta Kierkegaard y Heidegger vivencias y pensamientos acerca de la nada. El primero que tiene vivencias y pensamientos acerca de la nada, es Kierkegaard. Heidegger tiene conciencia de sus vivencias de la nada, pero niega que se pueda pensar la nada. Pero acaso negando que se pueda pensar la nada, ya no se ha pensado con ello la nada?

Por medio de qué, sino por medio del pensamiento, hubiera podido Heidegger, comunicar a otros sus propias vivencias de la nada? Gracias a que las cosas no son del todo como las pretendió el filósofo de Ser y Tiempo, poseemos el rico tesoro teórico de las vivencias de Heidegger acerca de la nada. Es cierto que el ente en ausencia y la nada nos llegan al través de la bruma de la nostalgia y

de la niebla de la angustia. Esta filosofía vivencial de Bergson y de Heidegger lo que tienen de más reprochable es su pretensión de anteponer la vivencia y la intuición al pensamiento. Lo vivencial, lo existencial, no puede anteponerse al pensamiento; son diversos en estructura, pero no son contrarios en finalidad. La vivencia y el pensamiento no andan nunca separados, ambos dan su correspondiente aportación al conocimiento. Ninguno de los dos puede por sí sólo obtener conocimiento. Ni el idealismo objetivo con sólo pensamiento, ni el existencialismo con meras vivencias, pueden filosofar ni hacer filosofía. La pretendida superación del realismo y del idealismo obtenida por el vivencialismo existencialista es imposible.

REALISMO ABSOLUTO DE HEIDEGGER

No se puede superar todo realismo y todo idealismo con un realismo absoluto, con un encuentro del ser en total, y una super integración del ente en total con la irrupción de la nada en la presencia y vivencia total del ser. Lo que superó Heidegger fué el realismo, todo realismo. Heidegger es el filósofo que encontró el ser en total y poseyó el ser en totalidad absoluta y presencial. Este es un realismo consciente más integral que el realismo inconsciente

del hombre ingenuo ordinario. Heidegger es el hombre ingenuo ordinario que filosofa, que vivencializa, más que filosofa.

LA FILOSOFIA SIN CAMINOS

Heidegger, es filósofo sin caminos, sin rumbos, un filósofo que no busca el ser, porque el ser está ahí, en el estar ahí, en la presencia brutal y banal de la existencia humana. Es el filósofo que posee el ser, la íntegra, más que íntegra totalidad del ser; que no le interesa conocer ni buscar al ser, porque está obsecadamente poseso del ser, de totalidad de ser. Apenas busca la nada y cuando lo hace es porque sabe que la nada también está ahí, en la entraña misma del ser, palpitando en el ser mismo cuando parece que el ser se escapa del torbellino vivencial y se hunde en la sima del aburrimiento; o cuando está ahí levemente adormecida en la divina hamaca de la alegría que se vive en la plena vivencia del ser pleno.

Para Heidegger no se puede buscar nada sin saber que está ahí. Por eso busca la nada, afilosóficamente, como se busca el sombrero o se buscan los calcetines en la semi inconsciencia del despertar cotidiano: ahí mismo en la presencia inmediata, en el contorno vivencial en que lo dejamos la noche anterior.

Este es un buscar, un trasunto de buscar, un

buscar a tontas, a ciegas; tan torpe, tan vivencial como el más torpe buscar del más estricto ser vivencial, un buscar de amibas.

No es un buscar filosófico, no es un buscar direccional; un buscar en que las vivencias están dirigidas, sino un buscar en que las vivencias nos dirigen; nos gobiernan; nos hunden en el anonadamiento, nos suspenden en la angustia y nos convierten en una cosa biológica que está ahí en el mundo, como la piedra o el viento, como la racha o la lluvia, como el buey o el sinsonte; la filosofía existencial, es una poesía; por ello me subyugan estas sinfonías y estas poemáticas vivenciales de Bergson y de Heidegger.

La metafísica, la filosofía, el filosofar consisten en buscar el ente en ausencia, no el ente que está en otro ente, sino el mero ente en ausencia; el ente irremediabilmente perdido, totalmente extraviado, que no se sabe donde está, ni por donde está, ni hacia donde está; el ente sin contorno, apresencial; el ente que no ha dejado ni rastros ni caminos. Ese ente es el único ente metafísico, filosófico. El otro ser es un ente ametafísico, afilosófico, un ente vivencial, somático. En todo vivir se posee, se tiene, se ha encontrado un ente o el ente. El vivir engendra diversos tipos de vivencias del ente. Vivir es haber encontrado el ente, poseer el ente; vivir es tener una vivencia del ser poseído. De ahí la alegría tan conocida y común de los que poseen, de los ricos del ente, y la tristeza de los desposeídos de todo ente.

La posesión de ciertos entes (entes privativamente vitales) provocan vivencias cuya emoción se reduce a un vibrar biológico del soma.

EL EXISTENCIALISMO COMO ARTE

Entre esas vivencias señalo la posesión de los entes vitales, la vivencia de comer un manjar exquisito, la vivencia que da la posesión de algo material, las vivencias casi pueriles de nuestras más íntimas y ordinarias funciones orgánicas (1). Estas posesiones pueriles del ser, tan pueriles como la posesión del ente en total en el deambular cotidiano, provocan vivencias cuyas vibraciones se pierden en el ente somático, en el vibrar emotivo que sólo da placidez a lo vital. A nadie se le ocurre tornar en significaciones tales vivencias profundamente vitales. Pero hay otras vivencias que aunque en contacto con el soma, como toda vivencia, son provocadas por otros entes de estructuras lejanas a la estructura somática, entes reales sensibles, ideales o valores que provocan vivencias psíquicas más diferenciadas, dignas de salir a la luz del ente cognoscitivo. Esas vivencias tienen en la ciencia

(1) Véase del mismo autor *Prolegómenos a la única metafísica posible*.

y en la filosofía tradicionales sus correspondientes significaciones o categoriales idénticas. El número de vivencias dignas de ser expresadas y conocidas es infinito, porque infinitos son los encuentros del ente con el ente e infinitos los modos de poseer el ente. El número de vivencias dignas e indignas de ser expresadas y conocidas es doblemente infinito. La intensidad emocional de las vivencias depende del ente encontrado y poseído. Encontrar y poseer el ente es vivir el ente, es vivir la vida, es vivir. Buscar el ente es tratar de conocer el ente, es filosofar, que es contrario al vivir. La ciencia y la filosofía expresan en significaciones determinadas, acuñadas lógicamente, las vivencias dignas de ser conocidas o que son más fáciles de ser traducidas al lenguaje categorial de las significaciones, de los conceptos y de los pensamientos. El hombre que vive intensamente el encuentro y la posesión del ente, el artista, siente la necesidad de expresar sus vivencias, que son vivencias menos somáticas que las vitales, vivencias psíquicas aún ligadas por hilos sutiles al soma y en ascensión hacia las vivencias espirituales de lo eidético y de los valores. Al querer expresar esas vivencias el artista no encuentra las significaciones, las categoriales directas correspondientes, forcegea por expresarlas; echa mano de complexiones de significaciones y de pensamientos, metáforas e imágenes para expresar las significaciones intuitas con motivo de esas vivencias. El artista es un dignificador del ente, saca al ente

de su amarre ancestral con el soma y lo eleva a la región de lo espiritual y de lo valioso, al plano del conocimiento categorial al través de lo intuitivo y emocional.

El resto del ser queda sumido en lo puro vivencial inferior, en lo vital y en lo somático. Obras de poetas y de artistas han hecho Bergson y Heidegger más que obra de metafísica y filosofía. Es innegable que Heidegger ha sido un completador del ente; pero lo ha hecho para los poseedores del ente en total (el filósofo vivencial), para el hombre que trata de dignificar el ente viviendo intensamente el ente (el artista), y para ese otro hombre que vive perdido en el ente en total (el hombre ordinario), pero no para aquel hombre a quien se le ha perdido para siempre el ente, que se le ha extraviado irremediabilmente el ente, para el filósofo.

EL POEMA DE LA NADA

Como el artista y el poeta narran las vivencias del ente, Heidegger no puede hacer otra cosa que narrar también las vivencias del ente vivido, encontrado, poseído en total. La filosofía de Heidegger no es una metafísica sino una poesía del ente en total en presencia total. "La angustia hace patente la nada" es un verso que recuerda la poemá-

tica de Novalis. La angustia nos hace que se nos escape el ente en total. Al escapársenos el ente en total quedamos en suspenso en la angustia. La angustia no es causa sino efecto del escape del ente en total. La nada de Heidegger es la nada. La nada es el único ser en ausencia para Heidegger. La nada no integra ciertamente al ser. La nada es la nostalgia del ser que no ha sido, del ser que no ha estado nunca en el estar ahí, que acosa como un fantasma al ser que está ahí. La nada sólo nos sale al paso en la vivencia de la angustia, pero no llega a estar nunca a una con el ente en total. La angustia es la entrada furtiva de la nada en el ente en total. Pero la nada no llega a entrar plenamente en el ente en total más que una vez en nuestra existencia y cuando esto sucede, cuando la nada acosa totalmente al ente en total, ya la nada no es ente; el mismo yo se pierde como una cosa en el mundo, en el ente en total que está ahí.

LA NADA COMO TRASCENDENCIA

Aquí sólo cabe una trascendencia, la trascendencia de la nada. Ni aún el espíritu ni los valores trascienden en el ente en total; los valores son también entes en la existencia. Nada puede trascender

allí donde todo está en presencia absoluta y total; donde no hay ningún ser en ausencia. Por eso cuando Heidegger se da cuenta de que la nada está ausente, filósofo de la inmanencia absoluta, trata de hacer entrar la nada en el ser en alas de la angustia. Pero la nada a pesar de Heidegger no llega nunca a penetrar en el ser en total. Aquella angustia no queda más que como un acosamiento fatídico, demoníaco, del ser por la nada. Quién sabe si en nuestra íntima entraña late como misterium tremendum nuestro común origen, el origen del ser en total que Dios creó de la nada. No cabe, pues, en esa filosofía de la inmanencia absoluta, más que la nada como unívoca trascendencia, que jamás llega, sin embargo a trascender plenamente en el ente. En el ente en total todo ente está en presencia, en inmanencia total. Todo el ente está ahí; nada trasciende del ente que está ahí porque todo ente está encontrado, poseído, contenido en el ente en total; incluso yo y el espíritu estamos sumidos en el ente en total de la existencia, del estar ahí.

Para el filósofo que no posee el ente, que no ha encontrado el ente, sino que es un buscador del ente, el ente está en perenne ausencia, en ausencia total, en trascendencia absoluta.

LA TRASCENDENCIA ABSOLUTA

La ausencia del ente es su trascendencia. Pero el hombre no encuentra al ente en cuanto tal, ni posee al ente en cuanto tal. El hombre cree que encuentra y posee el ente porque tiene vivencias del ente, vive del ente, con el ente, en las vivencias del ente, y toma las vivencias por el ente. El ente sólo se encuentra por la intuición; el ente se ve por una mirada espiritual que no es sino la intuición después de la vivencia del ente. El hombre, como el filósofo, que se queda "en", que se satisface con la vivencia del ente, no llega jamás al ente, se detiene en la mera vivencia del ente. Una filosofía, una metafísica, es una ciencia de la trascendencia absoluta. Un filósofo es un hombre que no llega jamás a la posesión del ser. Sólo cuando deja de ser filósofo, pues el filósofo no es filósofo en todos los instantes, cuando el filósofo desciende a la actitud ingenua del hombre de la calle, o a la postura vivencial consciente y fingida del filósofo vivencial. El filósofo genuino desciende también como todo animal irracional, meramente a poseer el ser. El filósofo sólo es el ser totalmente desposeído. Pero el filósofo no posee el ser porque el ser se le esconde en su estar ahí, ni en un estar por aquí, en una

dirección determinada; o porque el ser cognoscente en el sentido del ser esencia, sea un ser en sí, un ser que está siempre oculto en el ser, como el del idealismo. No. El ser en su integridad cualitativa, el ser conocido, no es, no puede ser poseído, porque está en ausencia. El ser del realismo y del existencialismo es ser en presencia integral cuantitativa. Sabemos de él, o mejor vivimos de él las vivencias de que está todo ahí, encapsulado en el ser primigenio vivencial de la presencia (existencia, existir es meramente estar presente, estar ahí). El ser está ahí como en una precipitada presencia de bando. No falta un solo ser en la presencia. No preocupa para nada si cada un ser o el ser en sí está ahí en la presencia íntegra, o si es un ser en presencia pero desmembrado.

¿SEÑALAMIENTO O CONOCIMIENTO DEL SER?

Saber quien está presente, esto es, saber quien es el ser que existe o quienes los seres que existen, señalar el ser, es sólo una parte de lo que podemos saber del ser. Es esa sola parte con la cual el realismo y el existencialismo satisfacen su curiosidad por el ser. El filósofo realista y existencialista es un simple policía del ser. Está ahí, en atalaya úni-

camente para señalar al ser que llega al convite del ser, que llega a presencia, el ser que ha concurrido a la cita vivencial. Sólo le preocupa decir cuantos están ahí, quienes están, quienes de esos seres presenciales llegaron primero, quien es el primero. Veremos ahora que harán esos otros señores, los filósofos genuinos, con ellos. Sólo le preocupa tenerlos encerrados ahí por medio de la valla de la presencia. Se complace en poseerlos. Se deleita, como quién contempla un baile sin oír la música ni tener ninguna significación del ritmo, en verlos saltar, hacer muecas, ir de aquí para allá, venir de allá para acá, sin orden ni sentido. Eso es cuanto pretende el existencialismo con el ser. Dice: He ahí la realidad. Tómela quien la quiera tomar; gócela y súfrala quien la quiera poseer y gozar. Pero para esto no era necesario hacer una filosofía tan grandiosa. A eso no puede negarse nadie; nadie puede eludir el gozo y el sufrimiento de la realidad.

Al filósofo buscador del ser no le basta con encontrar el ser, porque no le interesa poseer el ser para gozarlo, sino que trata de encontrar el ser para conocerlo. Señalar el ser, decir quien es el ser que existe no puede ser la única finalidad de la filosofía. Tampoco es finalidad de la filosofía conocer el ser en contraposición al vivir el ser. La finalidad de la filosofía es conocer el ser vivido. No se puede conocer un ser que no se haya vivido, cual que sea la intensidad y el grado de intensidad emocional de

Amelia

esa vivencia, cual que sea el grado de su presencia. Pero tampoco se puede vivir en totalidad un ser sin conocerlo, pues el conocimiento es también una genuina vivencia del ser. Una vivencia no del poseer manual, del tener el ser al alcance de las manos, sino la vivencia de poseer el ser en la visión espiritual, que es el único poseer propio del filósofo. Por ello la metafísica no es poseer el ser sino tratar de ver, esforzarse en buscar el ser.

LA MIRADA DEL SER

El hombre ordinario y el filósofo realista y vivencialista tocan y palpan, manejan el ser de un modo áptico. El filósofo categorialista se esfuerza por ver el ser; busca el ser, tiene sólo un contacto óptico con el ser. Tiene sólo una mirada espiritual del ser: una intuición del ser. El filósofo es sólo un hombre que busca y mira el ser. El filósofo vive el ser mirando espiritualmente el ser y expresa en una forma lógica, en una categorial, lo vivido o intuído del ser. Pero jamás el filósofo llega al ser mismo en cuanto tal y en su total estructura, porque el ser está siempre para él, ausente. Sólo puede mirarlo con una mirada espiritual, no puede tocarlo como el vivencialista. Sólo se puede vivir en vivencias el ser. Sólo vivimos al ser en la vivencia, no en

el ser mismo en cuanto tal. Lo vivimos en una vivencia de lo real sensible, en una vivencia de lo eidético, o de lo suprasensible, o de lo valente.

EL SER SALIDO

El ser no está ausente porque esté oculto en otro ser sino porque para ver el ser es necesario salir del ser, no estar en el ser visto, no estar en contacto con el ser vivido; vivimos el ser y hacemos upa en la vivencia, saltamos del torbellino vivencial para mirar el ser; es de la esencia de la visión que el ser esté en perspectiva para ser visto. El ser tiene que salir del ser para ser visto. Para contemplarnos salimos de nosotros mismos, nos ponemos en perspectiva y tomamos a la vez un punto de vista fuera de nosotros mismos. No se puede ver el ser estando dentro del ser, sin perspectiva ni punto de vista del ser. Podemos ver por fuera una catedral, y estar dentro y ver la catedral en su interior, porque nos movemos en ella y cambiamos de puntos de vista y de perspectiva, cada vez que queremos ver algo de ella. Pero no podemos ver nada de la catedral si estamos en su interior como un ente adherido a ella, como una cosa, integrando el ente en total que ella es. Para ver la catedral es indispensable no ser catedral, no integrar el ente con ella, no estar ahí

como un ente a la par con ella. Ese es un ser ausente, el ser salido del ser. Sólo puede verse el ser salido, no el ser "en", el ser encontrado, el ser en nuestra existencia. El espíritu no se ve a sí mismo. Cuando se ve es porque se objetiva a sí mismo, se sale de sí mismo, se torna ausente de sí mismo, se autotranscendentaliza a sí mismo, pues el único ser que puede verse es el que está ausente, el ser salido, el ser trascendente, no el ser inmanente, el ser presente. El ser inmanente sólo puede sentirse, vivirse, pero no verse, conocerse. Por eso el ser para el filósofo es siempre un ser trascendente, ausente, un ser siempre buscado; un ser para ojos no un ser para tacto.

La metafísica ha de ser, pues, una metafísica de las formas del ser ausente y no una metafísica de los contenidos inmanentes del ser presente. La metafísica no ha de poseer un solo camino.

LOS CAMINOS DEL SER

La metafísica no ha de poseer un solo camino sino una proyección radial de caminos para buscar el ser. El filósofo genuino busca el ser y sabe que no puede encontrar ni poseer el ser en cuanto tal, al ser en contenido substancial. El ser en contenido substancial sólo puede encontrarse y poseerse en la

mera posesión de la presencia inmediata. Al ser no llegamos por una vía directa. Tratamos de llegar al ser y sólo nos encontramos con la presencia del ser en presencia. El realista y el existencialista aceptan como ser a lo que es sólo el ser en presencia, trasunto del verdadero ser, el ser en ausencia. El idealista rechaza el ser en presencia, el ser que está ahí, por uno de los caminos del ser ausente. El categorialista sabe que el ser en presencia no es el ser en cuanto tal sino el ser que está ahí sólo porque lo aceptamos como el ser verdadero, lo consideramos como encontrado y lo poseemos y lo manejamos a nuestro arbitrio sólo porque nos unimos al ser que está ahí en presencia, en medio de nuestra propia presencia. Sabe que ese es un solo tipo de presencia del ser, que el ser no está ahí. Ese es un solo contorno de presencia del ser ausente. Porque sabe esto se lanza en busca del ser ausente. Pero el ser ausente es escurridizo, huye de la mirada curiosa e inquisitiva del filósofo; por esencia misteriosa su ser en cuanto tal es ser en ausencia. No hay posibilidad de contacto directo con el ser, a menos que no sea el contacto oscuro y complejo de la vivencia. Vivimos la presencia del ser en ausencia (tenemos una vivencia); vemos por medio de una mirada espiritual, por medio de una intuición, al ser en lejanía. Con ello no hemos visto al ser, sino a una mera forma del ser, a una categorial del ser. Sólo conocemos las formas del ser, no al ser mismo. Nos están irremediabilmente vedados los

contenidos substanciales. Y puesto que nos están vedados los contenidos y sólo podemos vivir el ser en presencia y captar las formas del ser ausente, no queda a la filosofía y a la metafísica más que buscar eternamente las formas del ser ausente por los infinitos caminos del ser presente.

ERROR FUNDAMENTAL DE LA METAFISICA

Buscar eternamente el ser no sería poca cosa para la filosofía. La metafísica puede dar un conocimiento de formas armónicas y sin contradicción, que nos permitan un conocimiento en cierto grado avanzado del ser. Es este el único posible conocimiento del ser. Si pudiéramos conocer no las formas que las vivencias del ser nos han provocado sino los contenidos no formales del ser mismo, la filosofía habría terminado ya su avatar y se habría escrito ya la última metafísica. Es evidente que no podemos llegar hasta los contenidos substanciales del ser. Captar los contenidos del ser mismo es encontrar el ser, poseer el ser, pero no conocerlo. Cada vez que un realista se ha ilusionado creyendo poseer contenidos del ser y no formas del ser se ha introducido en la filosofía un número crecido de categoriales falsas, formas que no corresponden

a contenidos, pero que se las cree correlatos de ellos, y formas impuras que nubló la emoción de una vivencia insólita. La mayor parte de los malos entendidos de la filosofía nos vienen porque unos filósofos toman como realidad lo que son meras formas categoriales lógicas y las relacionan en el discurrir con formas en mera suposición lógica y relacionan además categoriales falsas con categoriales verdaderas.

La metafísica no tiene otro objeto que buscar las formas del ser ausente y vincularlas por medio de sus relaciones significativas de comprensión categorial (1).

LA METAFISICA COMO CIENCIA INUTIL

Esto parecerá a todo espíritu no filosófico algo inútil; no nos queda otro recurso que reconocer la inutilidad de toda metafísica, y de toda filosofía, en cuanto metafísica y en cuanto filosofía. Una metafísica podrá ser utilizada, pero la metafísica en cuanto tal, es por esencia inútil dentro de la metafísica misma. El filósofo no puede hacer otra cosa que vivir el ser en presencia para buscar el ser en

(1) Véase *Metafísica Categorial*, del mismo autor.

ausencia. La metafísica es la única ciencia inútil en sí misma. Ya el positivismo intuyó esa inutilidad pero la interpretó en un sentido peyorativo y utilitarista. Señaló que la metafísica es ciencia inútil porque su esencia es buscar el ser ausente que no puede ser nunca encontrado como contenido material, como objeto-cosa, sino como forma. Todo el que busca el ser sólo puede encontrar la forma del ser, pero como busca el contenido y el ser se le aparece en forma, pues contenido y substancia son ellos mismos dos formas, dos categoriales falsas que buscamos como contenidos y no podemos encontrar nunca como contenidos, porque no son contenidos sino formas, considera inútil el encuentro de las formas.

El filósofo realista, ciego para ver formas, cree siempre ver y encontrar contenidos; sólo vive contenidos; las mismas formas las vive como contenidos y por eso el realismo cree que encuentra el ser sin encontrarlo, pues ve formas y cree encontrar contenidos. Por ello también el realismo positivista abandona por inútil la busca del ser. El criticista niega la búsqueda en cierta región del ser, en lo real sensible porque cree que el contenido del ser es lo real sensible y las formas son no-sensibles; por la misma razón el existencialista cree que sólo encuentra y posee el ser; para poseer el ser niega toda forma y sólo ve contenidos en un totum revolutus del ser en la presencia vivencial de lo real sensible. Espera que el ser se le aparezca como

contenido, irrumpa por el tacto en el estridentismo de la vivencia. Pero como se niega a buscar el ser, porque esa búsqueda sólo le da formas del ser, y como no puede ver las formas ni le interesa ver las formas del ser, sino al ser que está ahí en el supuesto contenido, se queda con el ser poseído en el contenido vivencial.

LA LOGICA DEL EXISTENCIALISMO

El existencialismo siente una profunda necesidad de cambiar de lenguaje. La lógica es el lenguaje de las formas, y como a Heidegger no le interesan las formas desprecia la lógica, la cree innecesaria e insuficiente y la sustituye por la psicología; pero la psicología no es un lenguaje de significaciones, es una ciencia de supuestos contenidos vivenciales y de actos psíquicos. Tendríamos así un lenguaje de supuestos contenidos para interpretar contenidos, algo de todo punto de vista absurdo. Para el filósofo categorialista la metafísica es una teoría de las formas del ser, no como contenido sino como forma, pues sabe que el ser surgió sólo como una forma al inquirir el filósofo la esencia del ser.

La vivencia es un medio para llegar a la forma, no al contenido material del ser (contenido material del ser es una categorial falsa que surgió con moti-

vo de la metafísica jónica), pues se busca el ser no en el sentido de la falsa pregunta de la metafísica realista tradicional, en el contenido, sino en las formas. Sabe que sólo puede encontrar formas, que las formas es lo único que podemos ver del ser, pues el ser es mera forma y eso es lo único que es para nosotros el ser.

LAS DOS PREGUNTAS FUNDAMENTALES DE LA METAFISICA SE EXIGEN RECIPROCAMENTE

Una metafísica verdadera es metafísica útil en cuanto metafísica, porque busca el ser, encuentra las formas del ser, pero sabe que sólo puede ver las formas del ser y estas formas y las relaciones de comprensión categorial de las mismas son el ser. Para el realista, el criticista, el positivista y el existencialista, la metafísica es inútil porque es ciencia que busca contenidos y encuentra formas y se empecina por conocer al ser no en la forma sino en los contenidos. Cabe hacerse ahora de nuevo las dos preguntas fundamentales de toda metafísica: ¿Quién es el ser? ¿Qué es el ser? A estas dos preguntas ha de responder una metafísica determinada. Aquí sólo he intentado dar las líneas generales,

los principios fundamentales para toda metafísica. Es indispensable a toda metafísica antes de hacer metafísica, saber si es o no posible responder a esas preguntas separadamente. La pregunta ¿Quién es el ser? Es imposible contestarla sin conocer la respuesta de la pregunta ¿Qué es el ser? Es evidente que para señalar un algo entre otros algos es indispensable conocer el algo que nos interesa señalar y todos los demás algos, así como cuando queremos señalar a una persona entre otras personas, necesitamos conocer aquélla para poderla distinguir de todas las personas presentes. El ser no puede, pues, ser señalado sin ser conocido, sin ser distinguido, máxime en el caso del existencialismo en que el ser señalado es el ser primigenio, el ser que existe y en el que todo lo demás existe.

SEÑALAMIENTO Y CONOCIMIENTO DEL SER

El existencialismo no sólo señala al ser, sino señala al ser que tiene una específica y notable cualidad, que no tienen los demás seres, la fundamental cualidad de contener los demás seres en una inmanencia absoluta. Este señalamiento no puede hacerse sin conocer, y de un modo muy profundo, al ser. Pero será que al existencialismo no le interesa

conocer el ser, sino vivirlo, porque cuando lo señala para vivirlo ya lo ha conocido previamente? No. El existencialismo no conoce el ser porque cree que no puede conocerlo y porque cree firmemente esto se dedica solamente a vivir el ser, a poseer el ser, que es lo único que puede hacerse con el ser. La segunda pregunta: ¿Qué es el ser? Tampoco puede responderse desligada de la primera, porque para buscar al ser, dar las formas del ser, hay que vivir el ser, lanzar una mirada espiritual hacia el ser, y por tanto el ser debe estar ahí, ya señalado, ya situado. Pero en este caso la situación se reduce a un mero dato, no está aquí tomada la localización del ser como el propio ser, sino que es un primer paso para llegar a la vivencia y de ésta por medio de una intuición lanzarse hacia la forma del ser, hacia la búsqueda del ser. La metafísica es, pues, una mera busca del ser; pero no es una búsqueda del ser porque el ser está en otro ser y haya que pasar siempre de un ser a otro ser para encontrar al ser, para descubrirlo, sino porque al ser sólo podemos mirarlo con una mirada espiritual, con una intuición; no podemos captarlo más que en la forma. ¿Pero es que el ser se reduce a mera forma, es mera forma? ¿Es que acaso no aprehendemos al ser ni en el contenido ni en la forma, sino en su paseo inenarrable entre el contenido vivencial y la forma? Si aprehendemos el ser, dónde captamos la categorial significativa del contenido, en la vivencia o en la forma? La existencia humana, la vida, no es el

mero ser en presencia, el ser que está ahí, para con su sola presencia provocar la presencia de todo otro ser. Si este fuese el sentido de la metafísica heideggeriana no podríamos oponerle reparos de vitalismo e inmanentismo.

EL EXISTENCIALISMO VITALISTA

La vida es un pulpo que engloba todo ser. La vida es el único ser existente del que deriva todo otro ser, a manera como para el filósofo jónico todo otro ser se derivaba del agua, del aire o de lo indeterminado, así como para los materialistas de los siglos XVIII y XIX el ser en sí primordial era la materia. Heidegger levantó, sin duda, la dignidad del ser existente con relación a la abyección teórica de los jónicos y de los materialistas tradicionales. Pero en el ser unívoco del existencialismo quedan aún trazas de materialismo y de abyección eidética. El ser de suprema dignidad es la vida; todo otro ser está "en" la vida, incluso los valores. El biologismo del siglo diecinueve tiene culpa en esta fatal caída de Heidegger. Dilthey y Simmel huellan el mismo camino. Toda filosofía, toda metafísica de preferencia entitativa es absurda. Ni siquiera como metáfora es concebible la existencia de un ser en otro ser. ¿Cómo podría ser un ser en otro ser? ¿Cómo podría

un estar ahí estar en otro estar ahí? Si la presencia heideggeriana pretendiese meramente que todo ser esté ahí, al lado de otro estar ahí, habría escapado al inmanentismo; pero el estar ahí existencialista es un estar ahí en el estar ahí, es un penetrar toda presencia en la presencia unívoca de lo vital. El existencialismo vitalista no concibe la vida como un estar ahí al lado de todo otro "estar ahí", como una presencia yuxtapuesta a toda otra presencia, sino que la vida es la presencia de primer rango en cuya entraña sólo puede ser todo lo demás que "está ahí". El estar ahí de la vida, de la existencia humana, está antepuesto al estar ahí de los pensamientos, de los valores, del espíritu y los comprende.

LA VIDA NO PUEDE DAR SENTIDO A LAS IDEAS

Se ha dado preferencia al existir, al vivir: "siempre es la vida la que otorga sentido a las ideas, y no es extraño que detrás de idénticas expresiones verbales se oculten sentidos vitales divergentes. Hay que retroceder por eso hasta la vida, última raíz de la filosofía". ¿Cómo es posible que la vida dé sentido a las ideas? Lo único que da sentido a lo demás es el espíritu, al través de la intuición y jerarquización de los valores espirituales, e informados

esos valores por medio de las ideas. La intuición de los valores suministra las ideas, las significaciones, las categoriales con que señalamos el sentido a todo lo demás, incluso a la vida. La vida sólo cobra sentido cuando con ella va acoplado un espíritu que intuye un valor, se objetiva en los valores vividos y se torna así en persona al sustentarlos. Antes de toda intuición valiosa la vida carece en absoluto de sentido; la vida en sí, en cuanto tal, no da sentido a nada; antes de ser todo valor intuído y expresado en una puesta de valor, en el pensamiento, en el juicio, la vida no adquiere ni dignidad ni dirección. La vida no tiene sentido en sí para poder ser la última raíz de la filosofía. ¿Acaso tiene sentido en sí la vida de un lagarto, de una paloma o de un orangután? La vida del cocodrilo, del salvaje y mi propia vida sólo tienen sentido para mí en cuanto que con un sistema de valores que expreso en un sistema de categoriales de pensamiento infundo de sentido a la vida. La vida no posee sentido, es infundida de sentido, y este infundimiento y esa posesión de sentido sólo es posible al través de las categoriales expresivas del valor. El sentido de la vida es creado por la persona, no por el individuo, menos aún por la mera vida vivida como simple vivencia por el individuo. Así como la cultura, que es sólo creada por la persona como ente histórico existente, influye a su vez en la persona—desde luego que con el mismo sentido que recibió de su creador—, se puede admitir que la vida influya en la persona después

de creado su sentido por la persona misma. Pero no cabe de ningún modo que sea la vida en sí, la vida biológica, la última raíz de toda filosofía, aunque tampoco el sentido, la orientación, pueda ser sin la vida a que orienta. La primera y la última raíz de toda filosofía es el espíritu. La vida como un conjunto de valores vividos y jerarquizados, es vida superior, vida espiritual, es espíritu que se objetiva y toma la vida para objetivarse, pero no es vida vivencial, vida biológica, que se reduce al mero vivir vivencial y que antepone lo vivencial al pensamiento y a los valores, que es la vida del existencialismo y del vivencialismo del siglo XIX que intentan mantenerse todavía como metafísica fundamental. En un existencialismo vitalista no cabe la realidad valente, la realidad de los valores. El ser valente es un ser ausente de la realidad presencial del mero vivir vivencial. El ser valente es un ser que está ahí, pero no es un ahí presencial sensible, sino ausente de toda presencia que no sea su propia presencia, la presencia de la forma valente. El ser valente no puede ser inmanente a la vida biológica, al vivencialismo existencial de la presencia, del estar ahí. El ser valente es ausencia pura, mera trascendencia.

TRASCENDENCIA DE LOS VALORES

Existe una lucha entre el espíritu y la realidad sensible, entre el espíritu manifestándose en la objetividad supraindividual de la persona y la vida como una concreción de notas psíquicas y biológicas naturales. El conjunto de los valores vividos jerárquicamente, que informan la persona, no puede ser inmanente en la vida psíquica ni menos aún en la vida biológica. La existencia humana es en su esencia una existencia espiritual que se objetiva por medio de los valores que irrumpen en la persona y comprenden y dirigen en una forma superior la psique y la vida biológica, y la elevan con ello a un plano superior. El espíritu en su forma objetiva de valores no puede, pues, estar "en", ser inmanente en el ente en total de la existencia humana, concebida como un ente en presencia real sensible.

EL SER ES CATEGORIAL

El ser real, exceptuando la ilusión vivencialista del poseer y manejar el ser, es un concepto. Fuera de la actitud del mero vivir, para el ser humano

sólo existe la actitud del conceptuar, del pensar ¿Son las formas de la realidad, los distintos tipos de seres, ejemplares comprendidos categorialmente en el concepto ser real? Indudablemente el ser real sensible, el ser real ideal, el ser real suprasensible y el ser real valente son formas típicas del ser real, ejemplares del concepto de máxima comprensión categorial genérica: ser real. El ser real de una esfera de realidad no es un concepto en cuanto es la significación específica de esa determinada realidad. El ser real en ese caso es una significación que menta un contenido último y unívoco, así como "rojo" no es concepto sino significación, porque menta, es la significación unívoca de algo único que es lo rojo. Pero el ser real correspondiente a toda esfera de realidad está en la función de concepto, está en la función de significación que comprende significativamente una pluralidad de significaciones que señala una pluralidad de esa realidad. Toda significación no es concepto, pero toda significación puede estar en función conceptual, en función de concepto. El ser real valente es una significación en cuanto señala la típica forma de realidad del valer, pero es concepto en cuanto comprende los tipos de forma de realidad valente: el ser verdadero, el ser bello, el ser bueno, el ser santo que son los individuos típicos del ser real valioso. El ser en cuanto ser es, pues, un concepto, una categorial. El ser sólo sería ser no categorial, no conceptual, en cuanto existiese como mera vivencia, sin ser pensado, ni

siquiera como vivencia. Pero el ser de la filosofía, el ser de la metafísica, es un ser pensado, quiéranlo o no los vivencialistas. El ser del existencialismo es un ser pensado como mera existencia, es un ser pensado como un simple "estar ahí" en desnuda y brutal presencia.

COMPRESION CATEGORIAL DEL SER

Las dos preguntas fundamentales formuladas sobre el ser encierran dos concepciones del ser, son dos categoriales significativas del ser. Precisamente aquellas preguntas que exigen, la primera, significaciones no conceptos y la segunda, significaciones en funciones de significaciones, conceptos. Si la metafísica existencialista sólo respondiese a la pregunta: ¿Quién es el ser? Las respuestas existencialistas serían significaciones, no conceptos que señalarían meros individuos substanciales: sensaciones, representaciones, percepciones y vivencias de todo tipo. ¿Es posible conocer sensaciones, representaciones, percepciones y vivencias? Los entes individuales no pueden ser conocidos, sólo pueden ser señalados por significaciones no funcionales o no relacionantes, por significaciones no en función de concepto, no en relación de comprensión categorial.

No se conoce una sensación, una percepción o una representación, sólo se conoce la relación de comprensión categorial en que están vinculadas las significaciones correlatos de aquéllas. Se conoce que este algo es una percepción; no se conoce tampoco un libro o una mesa, sólo se conoce que a este algo vale la significación, el concepto "libro"; que este algo está comprendido significativamente por la categorial "libro". Del mismo modo no conocemos el ser, sólo conocemos que a ese algo vale la significación o el concepto "ser"; o que a ese algo vale la relación de comprensión categorial de dos significaciones. No conocemos contenidos sensibles ni no sensibles; sólo conocemos la relación de significación, la comprensión categorial (1).

Los pensamientos no reproducen a los objetos ni menos a los contenidos. No basta con expresar que la reproducción del objeto por el pensamiento no es como la de una cámara fotográfica. Los pensamientos no reproducen nada. Los pensamientos comprenden categorialmente, significativamente a las relaciones significativas y las relaciones significativas comprenden a su vez a la significación unívoca de los contenidos irracionales últimos. Se pasa

(1) En todo pensamiento se dan tres elementos: 1º la relación de comprensión categorial de dos significaciones, que es lo esencial en todo pensamiento; 2º una enunciación y una aseveración, y 3º una toma de posición que se aprehende por medio de la aseveración que da al pensamiento el sentido de juicio, de toma de posición.

así de la comprensión de validez categorial valente del pensamiento a la comprensión categorial de la relación ideal de dos significaciones y de ésta a la comprensión categorial del contenido irracional último, por la significación unívoca que lo señala para comprenderlo categorialmente con tal significación.

ESENCIA DE LA EXISTENCIA

El existencialismo ha antepuesto la existencia a la esencia, y ha pretendido con ello substituir la metafísica de la esencia por una metafísica de la existencia.

¿No es, acaso, la existencia una determinación del ser y por tal una esencia? Esencia es una determinación o conjunto de determinaciones del ser. La existencia es también una de las determinaciones del ser, precisamente una de las más específicas y fundamentales determinaciones del ser. La existencia es la esencia, la determinación por la que el ser tiene la forma de realidad del "estar ahí", del aparecer del manifestarse en esa suprema y sui géneris determinación del ser en presencia real sensible. La existencia es sin duda la determinación, la esencia primera en estructura y rango de todo ser. Lo primero que atañe al ser es manifestarse, aparecer en

la realidad con una forma de ésta; adquirir la determinación de la presencia (cual que ella sea); poseer la esencia del existir, del "estar ahí", en cualquier forma de manifestación. Después han de venir las demás determinaciones, las infinitas esencias del ser. La primera esencia del ser es la esencia de la existencia, sin la cual no es posible ninguna otra determinación o esencia del ser.

No puede haber, pues, una metafísica de la existencia antepuesta a la metafísica de la esencia como negadora y contradictora de ella. Puede haber sí una metafísica de la esencia que comprenda en sí la determinación de la esencia de la existencia; y hasta que incluya la existencia como determinación fundamental, pero no una metafísica que excluya toda otra esencia, pretenda trabajar con una sola esencia del ser, con la esencia existencia como unívoca determinación del ser.

INTROITO

A la metafísica, desde los jónicos hasta Bergson y Heidegger, sólo le interesa la concepción del ser. El nirvana de los budistas fué un simple anhelo de agotar los deseos en el alma humana. Kierkegaard no pretendió una metafísica de la nada, sino desarrolló una psicología de la angustia con referencias a la nada. Tampoco Heidegger intenta una metafísica de la nada (niega rotundamente que pueda pensarse la nada).

La filosofía cristiana, con el enunciado bíblico, dió la aportación más valiosa para todo pensamiento espiritualista futuro acerca de la nada. Unamuno no hace metafísica, muestra a la manera psicologista y vitalista el sentimiento angustioso de la vida en relación con la nada.

En la investigación que precede he mostrado que puede pensarse acerca de la nada.

Lo que sigue, mero esbozo de una metafísica de la nada, es prueba evidente de que puede pensarse acerca de la nada. Ojalá que esto sirva de incitación para que otros pensadores más entendidos que yo, se dediquen a la investigación metafísica y alcancen logros más profundos acerca de la nada.

METAFISICA DE LA NADA

¿Es la nada, como el ser, también una categorial?

La nada, no es sólo la negación del ente, sino también el contrapolo y el fundamento del ente, pues de la nada surgió el ente y el ente se sostiene en sí sobre el misterio y el terror a la nada.

Ni hay negación porque exista la nada ni existe la nada porque hay negación. La nada y la negación no tienen posible prioridad recíproca. Se ha intentado anteponer la nada a la negación y al no, sólo con el fin de supeditar la psicología a la lógica, la existencia a la forma lógica, por medio de la cual conocemos la existencia.

El ente al salir de la nada, hizo negación de la nada; al afirmarse a sí mismo fuera de la nada, hizo rechazo de la nada. Por ende hacen rechazo de la nada el hombre ordinario y la ciencia. Pero la nada sólo adquirió forma de realidad por haber salido de ella el ente y sólo después de haber salido el ente,

en el acto supremo de la creación del ente y de la negación óntica del ente. La negación surgió con el acto de la creación.

El ente surgió del no ente y por eso el no ente es el fundamento del ente. Nunca están el ente y el no ente en separación absoluta. La nada es el asiento y la nostalgia del ser. El ser está asentado, apoyado en la nada; en vigilia perenne por no volver a su origen: la nada.

La primera trascendencia es la salida del ser de la nada; la segunda es el esfuerzo que el ser realiza por no caer de nuevo en la nada, y éste es el modo como acompaña furtivamente la nada al ente.

¿Pero acaso había una inmanencia del ser en la nada antes del acto de la creación? De ningún modo. Dios creó el ser por un acto de su voluntad, de la nada. Sólo de la nada se podía crear el ser. El ser no podía ser creado de otro ser; no puede salir ni derivarse de otro ser, ni estar inmanente en otro ser. La nada es inexistente antes de existir el ser, pero se torna existente con la existencia del ser. Se hace aquí patente el absurdo de toda metafísica inmanente.

La nada acosa como un fantasma al ser; a las formas del ser, al ser en presencia, al ser encontrado y poseído. El ser se ve acosado por la nada hasta la muerte. En la vida, en la existencia el ser le da la espalda a la nada para encontrarse con el ente y poseer el ente en total. Sólo en la muerte el ser no persona vuelve su interés hacia la nada; hacia el

ser ausente, hacia el ser salido; hacia el ser no encontrado, no poseído, hacia la total desposesión de todo ser. Con la muerte el ser no persona se pliega al deslizamiento del ser hacia la nada.

¿Pero cómo hemos podido ver que el ser no puede existir sin la nada, que el ente se apoya perennemente en el no ente? Si hemos visto con una mirada espiritual, con una intuición este profundo, último e insólito contenido, ¿qué ha existido primero, qué existe realmente, el contenido óntico irracional, la categorial óntica o la categorial formal lógica por medio de la cual se objetiva, se hace presente al espíritu el contenido irracional? El contenido óntico, irracional, es un reflejo de la categorial lógica. La metafísica realista existencialista ha aceptado siempre el supuesto de una realidad óntica de irracionalidad absoluta previa a toda racionalidad, anterior a todo pensamiento, a toda categorial formal lógica. Pero ¿cómo se ha tenido la evidencia de ese contenido irracional antes de aparecer, antes de ser visto en forma categorial? ¿O es que vemos los contenidos, por medio de la intuición, antes de expresarlos en la forma lógica? ¿O es que la mirada espiritual de los contenidos sólo cristaliza en la forma lógica, en la categorial? ¿Es que hay una honda diferencia y separación entre la mirada y la expresión categorial del contenido? ¿O es la categorial, la forma lógica, la relación de comprensión categorial de dos significaciones (el pensamiento), la única mirada espiritual de lo óntico? Si no lo es,

¿cómo hemos sabido que no lo es? Sin duda sólo ha sido posible por medio de una categorial. El ser sólo surge a la presencia del espíritu gracias a una categorial. ¿Se reducirá el ser a mera categorial?

La esencia y existencia del ser están vinculadas al principio óntico específico de la nada. La nada y el ser están en proporción cualitativa inversa en toda forma de realidad: la nada anhela el agotamiento del ser y el ser repudia a la nada. Anhelos y repulsa aparecen con distinto grado en cada forma del ser.

En el ser cosa, en el ser no persona, la repulsa de la nada por el ser adquiere su máximo grado, y queda por el contrario reducida a su mínima expresión el anhelo del agotamiento del ser por la nada: queda así anonadada la nada.

Por ende la ciencia y la filosofía realistas y existencialistas que rechazan la nada porque prefieren el encuentro y posesión del ser, no podían advertir la presencia de la nada en el ser. Apenas se ha advertido irrumpiendo en una fugaz eclosión en la angustia. Aquí la nada no tiene otro enlace con el ser que el leve irrumpir en la angustia. Y cuando éste cesa desaparece ipso facto la nada. La nada era así una entremetida en medio del ente en total.

Pero la nada tiene un enlace más profundo y perenne con el ser.

En la jerarquía de las formas del ser valente, van ascendiendo y descendiendo en armoniosa reciprocidad, el anhelo del agotamiento del ser por la nada y la repulsa de la nada por el ser.

El valor es desprendimiento del ser poseído. En la intuición y cumplimiento del valor el ser se desprende del ser, de todo ser, incluso de su propio ser y se desborda, se deshace de todo lo poseído en un vuelo supremo hacia la nada. En el cumplimiento de un valor nos despojamos siempre de algo poseído; dejamos una vez de repudiar a la nada; en sublime desprendimiento nos deshacemos del ser poseído, al sentir en la preferencia del valor el anhelo del agotamiento del ser por la nada. La esencia de los valores, del espíritu es un impulso del ser en posesión del ser, hacia el ser ausente, hacia la nada.

Cuando jerarquizamos los valores y con ello preferimos un valor más alto a uno más bajo, hemos hecho desprendimiento del ser poseído a cambio del ser ausente; hemos cambiado el ser por la nada, hemos preferido un grado del ser por un grado de la nada.

La nada y el ser están distribuidos en la escala de dignidad de las formas del ser. Cuanto más se asciende en la escala espiritual de los valores, el ser pasa tanto más del ser que posee al ser desposeído, del ser presente al ser ausente, de lo material a lo espiritual.

No se puede cumplir o preferir un valor sin despojarnos de un ser poseído. Cuando preferimos la amistad al dinero nos desprendemos del ser poseído (el dinero) a cambio del ser ausente (la amistad), un ser más cercano a la nada, más cargado de la nada, porque la nada es desprendimiento del ser.

Al preferir el valor amistad, el valor amor o cualquier otro valor, no poseemos al ser, sino que sólo sentimos la fruición que experimenta el espíritu al acercarse cada vez más a la nada: la alegría sublime que goza el espíritu al deshacerse del ser poseído y acercarse más al ser en sí, a la nada.

A medida que la persona jerarquiza de un modo más perfecto los valores, se desprende más y más del ser poseído, se acerca más y más a la nada; posee en un mayor grado a la nada. Pasa del ser que posee al ser desposeído. Al ser poseído totalmente por la nada. Por ello, el ser religioso es el ser que no posee nada, es el ser totalmente poseído; es la persona, la plena realización de la nada en el ser. En la persona perfecta, en el santo, la nada llega a su máximo grado en el ser; la nada ha anadado al ser, ha agotado por altruista desprendimiento al ser. De ahí los supremos desprendimientos del científico, del artista, del ético y del santo, que llegan hasta a deshacerse en forma total del ser existente, de la vida. Preferimos entonces el alto valor espiritual de la nada absoluta a la posesión integral del ente. La persona se despoja así, en sublime desprendimiento, del ente en total. El espíritu es, pues, un despojo que el ser hace de sí mismo. La materia se adhiere fuertemente al ser. El espíritu, despojándose de todo ser poseído se lanza en sublime vuelo de desprendimiento hacia la nada. La esencia de la materia es el ser poseído. La esencia del espíritu es la nada.

El ser perdido, extraviado irremediabilmente para el filósofo, el ser que busca el filósofo y no lo encuentra ni lo posee es la nada.

Hay materialismo donde quiera que hay ser encontrado y poseído, donde quiera que el ser se aferra al ser en desprecio absoluto de la nada.

Hay espiritualismo, allí donde el ser está ausente, donde quiera que el ser está dispuesto a desprenderse del ser en busca de la nada.

Esta metafísica de la nada transforma el sentido del materialismo y del espiritualismo tradicionales.

Basta con notar que los conceptos tradicionales de inmortalidad, libertad, supervivencia después de la muerte, etc., adquieren nuevos e inesperados y hasta inversos sentidos. Aspirar a la inmortalidad en el sistema categorial de tal metafísica, es un grosero materialismo. Libertad es desprenderse del ser poseído. Sólo en el reino de la nada, en el mundo de los poseídos es posible la libertad. Aferrarse al ser antes o después de la muerte es desconocer el verdadero y hondo sentido de lo espiritual. Vencemos la muerte y triunfamos de la vida, cuando alcanzamos la persona perfecta, o sea cuando penetramos, por renunciación absoluta del ser, plenamente en la nada.

El materialismo de las ciencias particulares y de las filosofías realistas y existencialistas nace de su encuentro y posesión del ser y de su repulsa absoluta de la nada.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Proemio</i>	7
<i>La definición del ser</i>	12
<i>¿Inmanencia o trascendencia del ser?</i>	14
<i>El “estar ahí” es diverso en cada ser</i>	16
<i>¿Es la metafísica encuentro o búsqueda del ser?</i>	17
<i>Filósofos que poseen el ser y filósofos que buscan el ser</i>	19
<i>La nada en presencia</i>	23
<i>La nada como ente</i>	24
<i>¿Puede preguntarse por la nada?</i>	25
<i>Puede vivirse y pensarse la nada</i>	26
<i>Realismo absoluto de Heidegger</i>	28
<i>La filosofía sin caminos</i>	29
<i>El existencialismo como arte</i>	31
<i>El poema de la nada</i>	33
<i>La nada como trascendencia</i> ..	34
<i>La trascendencia absoluta</i>	36

	<u>Págs.</u>
<i>¿Señalamiento o conocimiento del ser?.....</i>	37
<i>La mirada del ser.....</i>	39
<i>El ser salido.....</i>	40
<i>Los caminos del ser.....</i>	41
<i>Error fundamental de la metafísica.....</i>	43
<i>La metafísica como ciencia inútil.....</i>	44
<i>La lógica del existencialismo.....</i>	46
<i>Las dos preguntas fundamentales de la metafísica se exigen recíprocamente.....</i>	47
<i>Señalamiento y conocimiento del ser.....</i>	48
<i>El existencialismo vitalista.....</i>	50
<i>La vida no puede dar sentido a las ideas.....</i>	51
<i>Trascendencia de los valores.....</i>	54
<i>El ser es categorial.....</i>	54
<i>Comprensión categorial del ser.....</i>	56
<i>Esencia de la existencia.....</i>	58
<i>Introito.....</i>	61
<i>Metafísica de la nada.....</i>	63

**SE ACABÓ DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DÍA 24
DE DICIEMBRE DE 1942
EN LA EDITORA MON-
TALVO, DE CIUDAD TRU-
JILLO, REP. DOMINICANA**

